

Fragmentos del quebranto amoroso

Carlos Ocampo

La Cultura en México, Siempre! , 31 de mayo, 1989

Instalado en la ortodoxia inmisericorde, le podría formular un alud de reproches a Pilar Medina. Entre éstos que –mexicana– escogiera el baile clásico español y no cualquiera de los nacionales. Que, no satisfecha con tal opción, distorsione los cánones dancísticos para incluir en su gestualidad todo un repertorio de procedimientos emanados de las técnicas actorales, de tal modo que mucho de lo que ejecuta en el escenario no sólo es danza. Va más allá e, incluso, incorpora a su trabajo las potencialidades expresivas de su rostro y su mirada, y el dramatismo –lumbrada negra– de su cabellera. Se le puede imputar que –insaciable Pilar– enriquezca sus representaciones con toda clase de objetos: sombrillas, manzanas, lienzos, rebozos, abanicos, mesas, sillas o sombreros (en Bodas del quebranto), además de extraerle una retórica específica al vestuario, de manera que sus faldas, más que tela e hilo, son oleaje verde en el que se sumerge la bailarina o túnicas que adhieren la piel de la noche a los médanos de sus muslos. Aparte, cabría achacarle –obcecada Pilar– que le arranque a la iluminación esa cualidad líquida capaz de inundar el proscenio con limo verde; de teñir su verde carne, pelo verde; de horadar ámbitos de luz donde la bailarina –lorquiana– desuella soledades: luz carcelaria que confina a la mujer enamorada a la prisión de la memoria; luz a chorros de luz que mana de un par de ojos ausentes y se clava en el cuerpo doloroso de Pilar transformada en San Sebastián, porque el fulgor de una mirada asaetea su pecho y asaetea sus propios ojos como una espá: luz, al fin, de la que emerge Pilar, sangrante y a la que retorna atolondrada por la reverberación de granates molidos que la nimba. Y todavía se le puede censurar a Medina esa invención de secuencias musicales sobre las que planea como una gaviota delirante de deseo. Pero no sólo eso. No. Se atreve a incluir en la pista sonora el efecto de un disco muy escuchado; tanto, que la aguja transita gruñendo en el surco erosionado de una grabación de Satie puesta mil veces mil en compañía del otro, así que el nimio acto de escuchar una vez más ese disco es la invocación prefijada para atraer la sombra del ausente y danzar la ceremonia de las pasiones desoladas, desoídas. Sí, Pilar es culpable de concluir sus Bodas de quebranto con un falso crescendo: espiral que retorna, obseso, una y otra vez para hundir a la mujer en el mar espero del amor sin remedio; de ese amor de que se escapa a momentos pero que acaba por coger los talones de la intérprete para murmurarle que, pese a todos sus taconeos y al olvido de la embriaguez festiva, está allí, como el horror quimérico que la mantiene viva. Y la música se repite de nuevo y atrapa a la mujer y al público como una red de inacabables zozobras. Resulta, pues, censurable la osadía de esa mujer que llena la escena nada más que con la compañía de todas las mujeres traspuestas en la que ahora destaca sobre la penumbra. Porque Pilar puebla ese espacio con todas las mujeres que la

habitan, y las hay madres, enamoradas, rabiosas, libérrimas, solitarias, hijas, desafiantes, rigurosas, imaginativas, disciplinadas, silenciosas, indignas, sensuales, candorosas, críticas, negligentes, provocadoras. Todas ellas una sola. Una que las danza una a una; que las expone ante los ojos atónitos del espectador; que las recobra para sí al concluir la representación. Y si ya antes Pilar Medina osó plantar su unicidad en el fantasmal foro de Bellas Artes (Himno, 14 de mayo de 1988), por qué no expropiar la Sala Miguel Covarrubias con la reposición de su primera criatura coreográfica: esas Bodas del quebranto ejecutadas este abril (1990) con toda la destreza que afianzó en un lapso cortísimo; con ese saber que sella, a su manera, el horizonte dancístico del país. Asimismo, podría acusársele de urdir esa historia en la que el enamorado se debate para elaborar la catástrofe que significa la ruptura amorosa: cada segmento de la coreografía (I. Al vuelo; II: A tu tierra. A mi madre, III. Ese oscuro encanto del deseo, IV. Entre café y café, V. Quebranto) recrea los episodios vividos en la ausencia del otro para desembocar –con algo más de todo lo que se le puede achacar a la bailarina y coreógrafa– en un minucioso alegato sobre la imposibilidad del olvido. Pilar finiquita sus Bodas bailando lo que Roland Barthes escribió: “me proyecto en el otro con tal fuerza que, cuando falta, no puedo recuperarme, estoy perdido para siempre” (Fragmentos de un discurso amoroso). No hay concesión alguna: primero, interpreta la dicha de una mujer colmada por la libertad; luego, la búsqueda de los orígenes; más tarde, el erotismo que desanuda la remembranza hasta recibir el agrio latigazo de la soledad; enseguida, Pilar juega a la jubilosa levedad de una tarde amnésica para desplomarse, al fin, en el dramatismo sin tregua de una guerra perdida de antemano. El quebranto amoroso hace sucumbir a la bailarina que taconeá su angustia a fuerza de golpes secos, Pilar llora con los pies un llanto finísimo que empapa la piel de todos los que atestiguan sus desposorios con el quebranto. Medina es culpable por su pesimismo radical y por su descreimiento de los amores de vinil: los que ella convoca con su arte pertenecen a otra raza y no reniegan de su estigma. En fin, podríamos denostar a la intérprete por morder manzanas en escena, por crear personajes femeninos equiparables al Carlitos chaplinesco, por tararear a Satie o decir un rosario de improperios entre dientes, por apoyarse, vencida, en el marco del escenario, por infundirle vida a un abanico que danza, produce música y coloca acentos justamente donde las manos que lo despliegan han dispuesto, por cimbrar la sensibilidad de quienes acudieron a verla con la estricta dosificación de recursos que otorga a cada gesto y a cada objeto su exacto valor expresivo. Y la letanía de reproches pudiera extenderse aún más si no fuera porque, cuando la bailarina se desploma bajo la luz, los aplausos sin fin la cubren para impedir que se la toque ni con el pétalo de un reproche.